

Oscar Castro Z.

Poema del fuego

1

Primero está la antorcha sostenida en la mano
del día. El fuego blanco que da color al viento.
La corola que rondan los mundos como abejas.
El nardo ardiente y solo en la mitad del cielo.

Velamen extendido sobre abismos y mares.
Velo para la danza fácil del universo.
Día a día, escanciando sus harinas de lumbre,
por los espacios cruza su molino violento.

Y este fuego tremendo no desdena el humilde
placer de dar color y fuerza al trigo nuevo.
Después, la harina es fuego pasado por tamices.
Cuando comemos pan, probamos de este fuego.

Y el fuego alto transita por las venas del hombre.
Va por sus pensamientos, milagroso y secreto.

Atravesando climas de carne húmeda y triste,
en el cráneo erige su deslumbrante dédalo.

La flor es una lámpara de fuego perfumado,
al fuego alto ligada por claros filamentos.
Y este canto del fuego que arde sobre la tierra,
no es más que alma de sol contenida en el verso.

2

Hay un clima de paz y de amor en el fuego
del hogar, que bendice los muros de la estancia.
Fuego que desdeñó la vana pirotecnia
del incendio en el monte y el crepúsculo en llamas.

Las manos de la madre, alas de mansedumbre;
las barbas del abuelo, de lino y luna cándida;
el perro gris que sueña con vacas y potreros,
todo es un canto puro del fuego ardiendo en calma.

Y estos tizones que hoy florecen en dulzura,
fueron peumos enhiestos, boldos de la montaña.
En el hogar hallaron su transfiguración.
Muriéndose en el fuego, encontraron su alma.

3

Monjes encapuchados encendieron la hoguera.
Marco de espanto, en torno, los ojos de la turba.

La virgen fué subiendo la escala de los leños.
¡Oh viaje sin retorno que no concluye nunca!

Y el fuego ardió, quemando la cabellera suelta,
comiéndose en silencio las blancas vestiduras.
La virgen, rosa y oro, fué la amada del fuego.
¡Oh las manos fulgentes por la carne desnuda!

Dos magnolias chirriaron bajo la atroz caricia.
Ardió, sedoso, el pubis, como una zarza rubia.
La virgen, rosa y fuego, gemía frases rosas.
Su carne era un muriente relámpago de albura.

Después, fué toda fuego. Fuego y sangre que cae.
Fuego sobre otro fuego de claridades únicas.
El alma que voló de su boca entreabierta,
dió una llama suprema que deslumbró a la turba.

4

El trigal era un templo con cien mil candelabros
Rayos de sol, las barbas, filamentos de estrella.
Y de pronto callaron las cigarras. Y el viento
del sur levantó el humo. Fuego en la sementera.

Un anillo de llamas por los cuatro costados.
¡Oh pavorosa trilla de las bestias del fuego!
Clamorosa guitarra de los tallos ardiendo.
Sollozo en la garganta del silencio campero.

Todo en vano. La hoz y el arado que rompe
gloriosamente el zurco. La removida gleba.
La espalda fatigada. La sudorosa frente.
Todo perdido y muerto en mitad de la tierra.

A pleno día, el fuego ladrón de rojas manos,
echó al viento las hostias, los panes de la mesa.
En los ojos del hombre que sembró la simiente
había un amasijo de lágrimas y hogueras.

Y el sol daba, al poniente, sus últimos reflejos,
Y el trigo ardía, ardía, fuego que vuelve al fuego.

5

Ahora, volador casco te llama,
caballo de las altas latitudes,
cruzas por una zona de silencio
donde baraja Dios signos azules.

Y aquí, otra vez, el fuego, en girasoles
y en copihues de súbita violencia,
en fucsias de verdores espectrales
y en magnolias translúcidas que vuelan.

Aquí, desamparado Lamparero,
cuidando el fuego estás de los abismos,
con la brújula en sombra hacia la zona
en que mueve Saturno sus anillos.

Todo en torno es abismo, y sin embargo
nada cae al abismo. En fácil vuelo,
la ruta de los astros va marcada
por horarios de fuego.

Y aquí, entre tus abismos y tus lunas,
de este mar de silencios, ¡oh Farero!,
sumando voy tus brazos y tus huellas,
en caballo de fuego por el cielo.